

que estaba formulando en su imaginación incansable, teoría de que se hablará á su tiempo.

Después de anclar en la punta del Arenal, se permitió á las tripulaciones desembarcar y refrescarse en los bosques sombríos y verdes praderas de la isla. No hallaron manantiales de agua; pero abriendo pozos en la arena pronto tuvieron la suficiente para llenar sus cascós. Colon vió entre tanto que era su anclage sumamente peligroso. Pasaba una corriente rápida desde Levante, por el estrecho formado entre la tierra firme y la Trinidad, fluyendo, según él dice, día y noche con tanta furia como el Gualdaquivir cuando se sale de madre. En el paso entre la punta del Arenal y la que le correspondía en la tierra firme, la corriente se hallaba estrechada, y rugía y hervía de tal modo, que pensó Colon que la cruzaban bancos y rocas, impidiendo la entrada con otras que había más distantes, contra las cuales resonaban las olas como al estrellarse en escollos de una costa llena de bajos. A este paso, por su temible apariencia, le puso el nombre de Boca de la Sierpe. Se hallaba, pues, entre dos dificultades: las continuas corrientes impedían al parecer su vuelta, por un lado, mientras las rocas que asediaban el otro amenazaban destruir al que intentase pasarlas. Estando á bordo de su buque, ya muy entrada la noche, sin permitirle conciliarle el sueño los dolores de su enfermedad y los cuidados de su ánimo, oyó hacia el Sur un bramido estridente. Al mirar en aquella dirección vió levantarse la mar á la manera de una encrespada colina, cubierta de una espuma, tan alta como un navío, y precipitarse hacia el bajel con el mas espantoso estrépito. Colon tembló por la seguridad de sus buques. Su propia carabela se levantó violentamente á tal altura, que temió Colon que zozobrase ó se estrellase contra las rocas. Arrastró también otro buque de su anclage y le puso en eminente peligro. Las tripulaciones se consternaron temiendo perecer en aquel movimiento y violencia de las aguas, pero pasó y se desvaneció la montañosa ola después de un espantoso choque con la contra-corriente del estrecho. Se supone que esta convulsión repentina procedía de la crecida de alguno de los ríos que entran en el golfo de Pária, desconocido aun de Colon.

Deseando alejarse de tan inminentes peligros, envió botes al día siguiente á sondear el agua de la Boca de la Sierpe, y averiguar si era ó no posible pasar los buques por ella al Norte de la isla. Volvieron con sumo júbilo diciendo que había muchas brazas de agua, y corrientes por ambos lados para entrar ó salir por él. Y levantándose una brisa favorable, se hizo desde luego á la vela; y pasando seguro por el formidable estrecho, lo salvó muy pronto y se encontró en una mar tranquila. Estaba en el lado interior de la isla. A la izquierda se extendía aquel dilatado golfo conocido después con el nombre de Pária, que suponía fuese la mar, hasta que probando el agua vió con sorpresa que era dulce. Siguió navegando hacia el Norte, en dirección á una montaña del Nor-Oeste de la isla, catorce leguas más allá de la punta del Arenal. Allí vió dos elevados promontorios, uno enfrente de otro, el primero en la isla de la Trinidad, y el otro al Oeste en el cabo de Pária, que se extiende desde el continente y forma el lado del Norte del golfo; pero considerando Colon una isla, le dió el nombre de la isla de Gracia.

Entre estos cabos había otro pasaje más peligroso que la Boca de la Sierpe, por estar rodeado de breñas, entre las cuales forzaba la corriente su paso con estrépito y turbulencia. Este pasaje tomó de Colon el nombre de Boca del Dragón. No queriendo arrostrar sus aparentes peligros, viró al Norte el domingo 5 de agosto, y navegó por el interior de la supuesta isla de Gracia, con intención de continuar hasta ver su fin, y virando de nuevo al Norte entrar en alta mar y dirigirse á España.

Era una hermosa costa, con numerosos puertos; los campos estaban cultivados en muchas comarcas, cubiertos de algunos árboles frutales y otros de magestuosas selvas, recibiendo el riego de muchos ríos. Lo que más admiraba á Colon era que el agua fuese dulce, y tanto mejor cuanto más adelantaba; pues se hallaba en la estación del año en que los diferentes ríos que desembocan en el golfo, llegan á él hincharse por las lluvias, y vierten tal cantidad de agua dulce, que neutraliza la sal del Océano. También le sorprendió la placida calma del mar, tan tranquilo y seguro como un gran puerto; por lo que no había necesidad de buscar anclage.

Hasta entonces le fue imposible tener comunicación alguna con los habitantes de aquellas regiones del Nuevo-Mundo. Las costas que había visitado, aunque cultivadas á trechos por la mano del hombre, estaban desiertas y mudas, sin haber visto Colon más gente que la fugitiva que ocupaba la canoa de la punta del Arenal. Deseaba en extremo encontrar algún ser humano que rompiera aquel silencio y le diese noticias del país. Después de navegar muchas leguas por la costa, ancló el lunes 6 de agosto en un punto en que vió señales de cultivo, y envió botes á las playas. Hallaron los marineros huellas de hombres, rescaldo de varias hogueras, restos de pescados asados, y pisadas recientes, á más de una casa sin techo é inhabitada. La costa era montañosa, cubierta de bellas arboledas frutales que servían de morada á numerosos monos. Siguiendo hacia el Occidente; donde era más igual la tierra, ancló Colon en un río.

De pronto se acercó una canoa con tres ó cuatro indios á la carabela más inmediata de la orilla cuyo capitán, fingiendo que deseaba acompañar los indios á tierra, saltó á su canoa, la volcó, y con la ayuda de los marineros aseguró á los indios que iban nadando. Cuando se los trajo al Almirante, dispuso desde luego su miedo con la benignidad acostumbrada; les dió cuentas de rosario, cascabeles y azúcar, y los envió muy alegres á tierra, donde los aguardaban sus compatriotas. Este buen trato dió como siempre muy buenos resultados. Los indios que tenían canoas se acercaron á los buques le mayor confianza. Eran altos, bien formados y sueltos en sus maneras. Tenían el cabello largo y extendido; algunos le llevaban corto, pero ninguno trenzado como los naturales de España. Sus armas consistían en arcos, flechas y escudos. Los hombres ceñían su cabeza y cintura con telas de algodón de varios colores, ingeniosamente labradas, de modo que parecían de seda desde lejos; pero las mujeres iban enteramente desnudas. Trajeron pan, maíz y otros comestibles, con diferentes clases de brebajes: unos blancos hechos de maíz, y parecidos á la cerveza; otros verdes, de sabor vinoso y exprimidos de varios frutos. Juzgaban de las cosas al parecer por el olfato. Cuando se acercaron al bote, le olieron, y luego á la gente. Del mismo modo examinaban los regalos. Hicieron poco caso de las cuentas, pero inclinados de los cascabeles. También apreciaban extraordinariamente el bronce, y hallaban probablemente muy agradable su olor, pues le llamaban *turey* ó venido del cielo.

Por ellos supo Colon que el nombre de aquel país era Pária, y que más lejos al Occidente estaba más poblado. Llevando algunos indios que le sirviesen de guías y mediadores, navegó ocho leguas al Oeste, hasta un punto que él llamó la Aguja, donde llegó á las tres de la mañana. Cuando amaneció quedó embobado contemplando la belleza de aquel país. Estaba muy cultivado, muy poblado, y cubierto de una vejetación riquísima. Las habitaciones de los naturales estaban edificadas en bosques llenos de flores y de frutos. Las parras se enlazaban con los árboles, y volaban de rama en rama innumerables pájaros de espléndido plumaje. Era el aire suave y templado, y respiraba la

fragancia de las flores de que estaba empapado, y mil sonoras fuentes y cristalinos arroyos conservaban la frescura y la lozanía de las plantas. Tanto agradó á Colon la amenidad de aquella parte favorecida de la costa, que le puso el nombre de los Jardines.

Vinieron innumerables indios en sus canoas, que eran de mejor construcción que todas las vistas hasta entonces, grandes y ligeras, y con un camarote en medio para el amo y su familia. Convidaron á Colon en nombre de su rey á pasar á tierra. Muchos llevaban alrededor del cuello collares y láminas bruñidas de aquella especie inferior de oro, llamado guanin por los indios. Decían que venía de un país que señalaban con la mano, no lejos de allí, al Occidente; pero añadían que era peligroso el viaje, porque los habitantes eran canibales, ó por estar llena la tierra de animales venenosos. Pero lo que repentinamente llamó la atención y despertó la avaricia de los españoles, fue ver alrededor de los brazos de algunos de ellos grandes sartas de perlas. Le dijeron á Colon que las cogían en la costa, al Norte de Pária, que él suponía aun isla; y le enseñaron las conchas de nácar de que las habían tomado. Deseoso de adquirir más informes y de procurarse muestras de perlas para enviárselas á España, envió los botes á la orilla. Al desembarcar los españoles salieron muchos indios á recibirlos, mandados por el primer cacique y su hijo. Los trataron con profundo respeto como descendientes del cielo, y los llevaron á una casa espaciosa, residencia del cacique, donde los agasajaron sencilla y cordialmente, dándoles pan y frutas de exquisito gusto, y las variedades de licor de que se ha hablado. Mientras estuvieron en la casa, se mantuvieron todos los hombres á un lado y las mujeres á otro. Acabada la colación del cacique fueron á casa de su hijo, que les dió otra semejante. Era gente muy afable, aunque dotada al mismo tiempo de más intrepidez y marcialidad que los hijos de Cuba y de Española. Aunque tan cerca de la línea equinoccial, dice Colon, eran más blancos que cuantos hasta entonces había visto, cuando él esperaba hallarlos del color de los etíopes. Llevaban adornos de oro, pero de inferior calidad: un indio tenía en la mano un pedazo del tamaño de una manzana. Habían domesticado muchas especies de loros: una de verde claro con cuello amarillo, y las puntas de las alas de brillante carmin; otras del tamaño de gallinas, de un vivo color de escarlata con algunas plumas azules en las alas. Daban con franqueza sus loros á los españoles; pero lo que estos más codiciaban eran las perlas, de que vieron muchos collares y brazaletes entre las mujeres indias, que los cambiaban alegres por cascabeles ó otros juguetes de metal, y así se juntaron preciosas muestras que las mandó el Almirante á los soberanos.

La bondad y buena acogida de aquellas gentes era más apreciable por la inteligencia y franqueza marcial que su aspecto revelaba. Parecían dignos del bello país en que vivían. Era causa de mucho sentimiento para ellos y para los españoles el no poder entenderse. Hablaban, empero, por signos: la mutua benevolencia hizo su comunicación fácil y agradable; y á la caída de la tarde volvieron á bordo los españoles altamente satisfechos de sus huéspedes.

CAPITULO III.

CONTINUACIÓN DEL VIAJE POR EL GOLFO DE PÁRIA.—VUELTA A ESPAÑA.

(1493.)

La cantidad de perlas finas halladas entre los naturales de Pária era bastante para alentar á Colon. Corrobórase este hallazgo la teoría de Ferrer, el docto lapidario, indicando que á medida que se aproximase al Ecuador encontraría en mayor abundancia las más raras y preciosas producciones de la naturaleza. Su

imaginación se llenaba rápidamente de cuantas circunstancias locales parecían favorecer sus deseos, y combiniándolas deducía de ellas las más halagüeñas consecuencias. Había leído en Plinio que las perlas son una transformación de las gotas de rocío que caen en las bocas de las ostras: si así era ¿qué lugar más propicio para su nacimiento y multiplicación que la costa de Pária? El rocío en aquellas regiones era grueso y abundante, y había tal abundancia de ostras que se suspendían en racimos de las raíces y ramas de la orilla del agua. Cuando entraba en el mar una rama y se sacaba después de algún tiempo, salía cubierta de ostras. Las-Casas, haciéndose cargo de las conclusiones de Colon, dice, que el marisco de que se acaba de hablar no era de la especie que produce las perlas, pues esta especie, por natural instinto, como si tuviese conciencia de la carga preciosa que en sí lleva, se oculta en las más profundas aguas.

Siguiendo en la creencia de que la costa de Pária era una isla, y deseoso de circunnavegarla y de llegar al sitio donde decían los indios que abundaban las perlas, salió Colon de los Jardines el 10 de agosto, y continuó costeando por el golfo hacia el Occidente, en busca de una salida para el Norte. Vió trechos de tierra firme hacia el extremo del golfo, que consideró islas, y les llamó Isabela y Tramontana, imaginando que la deseada salida estaría entre ellas. Al paso que adelantaba, disminuía y se dulcificaba el agua, hasta que no se atrevió á ir más lejos con su buque, demasiado grande para aquella especie de descubrimientos, pues requería tres brazas de agua. Ancló, y envió una pequeña carabela llamada el Correo, para averiguar si había salida al Océano entre las supuestas islas. Volvió la carabela al día siguiente diciendo, que al extremo occidental del golfo había una abertura de dos leguas, que conducía á un golfo interior circular, rodeado de cuatro aberturas que parecían pequeños golfos, ó más bien bocas de ríos, de donde salía gran cantidad de agua dulce que desalaba el mar vecino. En efecto, por una de aquellas bocas sale el grande río Cuparipari, ó como se llama ahora, el Pária. A este golfo interior y circular dió Colon el nombre de golfo de las Perlas, por la equivocada idea de que abundaban en sus aguas, aunque de hecho no existen en ellas. Creía que las cuatro aberturas del golfo eran intervalos entre las islas, aunque afirmaban los marineros que toda la tierra que vieron era un solo continente. Como era imposible ir más lejos hacia el Occidente con sus buques, no le quedó más recurso que desandar su camino, y buscar salida al Norte por la Boca del Dragón. Hubiera deseado continuar explorando la costa, porque se creía en una de aquellas opulentas regiones pintadas como las más favorecidas de la tierra, y cuyas riquezas crecían en razón de su proximidad al Ecuador. Pero consideraciones imperiosas le obligaron á acortar su viaje y á volver á Santo Domingo. Las provisiones de sus buques estaban casi apuradas, y las destinadas á la colonia empezaban á deteriorarse. También su salud se hallaba muy menoscabada. A más de la gota, que le afligió durante casi todo el viaje, padecía de la vista por las fatigas de la vigilia que casi le privaban de este sentido. Ni aun el viaje de la costa de Cuba, dice él mismo, en que pasó treinta y tres días, casi sin dormir, había dañado tanto sus ojos, ni destruido tanto su constitución como el de la costa de Pária.

El 11 de agosto se hizo, pues, á la vela para la Boca del Dragón, arrastrado con mucha velocidad por las corrientes, que le impedían desembarcar en los Jardines. El domingo 13 ancló cerca de la Boca, en un buen puerto, á que llamó de los Gatos, por una especie de mono llamado Gato-Paulo, en que abundaban aquellas cercanías. A las orillas del mar vió muchos árboles, que, según creyó, producían el mirabolano, fruto peculiar de los países del Oriente. Había

muchos árboles que crecían en el agua con ostras adheridas á sus ramas, y las bocas abiertas, según él suponía, para recibir el rocío que se transformaba después en perlas.

A la mañana siguiente, 14 de agosto, á cosa del medio día, se acercaron los bajeles á la Boca del Dragon, y se prepararon para correr los riesgos de aquel formidable paso. La distancia desde Cabo-Boto, última tierra de Pária, hasta Cabo-Lapa, extremo de la Trinidad, es de unas cinco leguas; pero había dos islas en el intermedio que nombró Colon, Caracol y Delfin. El impetuoso cuerpo de agua dulce que fluye por el golfo, particularmente en los lluviosos meses de julio y agosto, se confina y agita entre las estrechas salidas de las islas, donde produce una mar turbulenta, espumosa y mugidora al quebrarse en las rocas, que hace peligrosísima su entrada. Los horrores y azares de tales sitios son siempre mayores para los descubridores que no tienen carta, piloto ni consejo de prácticos que los guíen. Colon temía al principio rocas y bancos; pero al considerar atentamente la conmoción del estrecho, la atribuyó al conflicto entre la prodigiosa masa de agua dulce que salía del golfo y luchaba por abrirse paso, y el flujo de agua salada que pugnaba por entrar en él. Apenas penetraron los buques por el temido canal, cesó completamente el viento; por lo que se vieron en continuo riesgo de ser arrojados contra las piedras ó las arenas. Por fortuna la corriente de agua dulce obtuvo la victoria, y los sacó libres al otro lado. Cuando se vió de nuevo el Almirante en alta mar, se congratuló de haber escapado de tan peligroso estrecho, que dijo podía llamarse con mucha propiedad la Boca del Dragon.

Viró luego al Occidente, navegando por la parte exterior de la costa de Pária, que suponía aun isla, y deseando visitar el golfo de las Perlas, que imaginaba estaría al extremo de ella, abriéndose hácia el mar. Quería también averiguar, si, como afirmaba la tripulación del Correo, aquella cantidad de agua dulce procedía de ríos; porque en su opinión era imposible que las afluencias de meras islas, pues tales consideraba aquellas tierras, pudieran arrojar de su seno tan prodigioso volumen de agua.

Al salir de la Boca del Dragon, vió al Nordeste, á muchas leguas de distancia, dos islas, á que llamó la Asunción y la Concepción, que eran probablemente las conocidas hoy con los nombres de Tobago y de Granada. En su navegación por la costa del Norte de Pária vió varias islas pequeñas y muchos puertos, á algunos de los cuales dió nombres por los que no son ya conocidos. El 15 descubrió las islas de Margarita y de Cubagua, famosas posteriormente por sus pesquerías de perlas. La Margarita tenía unas quince leguas de largo y seis de ancho, y estaba bien poblada. La pequeña isla de Cubagua, situada entre la Margarita y la tierra firme, de que solo distaba cuatro leguas, era seca y estéril, carecía de leña y agua dulce, pero tenía un buen puerto. Al acercarse á ella vió el Almirante muchos indios, pescadores de perlas, que se internaron al momento. Se envió un bote para establecer relaciones con ellos, y un marinero notó que una de las indias tenía muchas sargas de ricas perlas alrededor del cuello. Llevaba el marinero un plato de Valencia, pintado de alegres colores; lo rompió y presentó los cascotes á la mujer india, la cual le dió en cambio considerable cantidad de perlas. Se las llevó al punto al Almirante, quien mandó á tierra oficiales bien provistos de platos de Valencia y cascabeles, por los que en poco tiempo se procuraron mas de tres libras de perlas, entre ellas algunas de gran tamaño, que envió Colon después á los reyes.

Todo convidaba á permanecer en aquellos países, y visitar otros lugares que decían los indios abundaban en perlas. La costa de Pária continuaba extendiéndose hácia el Occidente, todo el alcance de la vista, leván-

tándose en altas sierras, y provocando el exámen de si era ó no, como empezaba Colon á creerlo, parte del continente asiático. Pero se vió obligado, contra su voluntad, á abandonar esta investigación importante.

La enfermedad de los ojos se había agravado tanto, que ya no podía Colon hacer observaciones por sí mismo, y tenía que confiarse á las de los pilotos y marineros. Se dirigió pues á Española, pensando descansar allí de las fatigas del viaje y reparar su salud, mientras enviaba á su hermano el Adelantado á completar los descubrimientos del interesante país que dejaba. A los cinco días de navegación al Noroeste, llegó á la isla Española el 19 de agosto, cincuenta leguas al Occidente del río Ozema, punto de su destino, y á la mañana siguiente ancló en la pequeña isla Beata.

Se admiró de hallarse tan equivocado en sus cálculos, y tan lejos del destinado puerto, atribuyendo con razon este error á la fuerza de la corriente que salía de la Boca del Dragon, la cual, mientras se había mantenido á la capa por las noches, para evitar las rocas, condujo insensiblemente sus buques al Occidente. Estas aguas que corren atravesando el Caribe, y cuyo movimiento se llama ahora Gulf Stream (corriente del golfo), eran tan rápidas, que el 15, cuando había poco viento, anduvieron los buques setenta y cinco leguas en veinte y cuatro horas. Colon suponía que el ímpetu de su movimiento habría abierto el pasaje llamado Boca del Dragon, donde era de creer que hubiese penetrado por el estrecho istmo que unía antes la Trinidad con el extremo de Pária. También pensaba que su operación constante habría carcomido é inundado los bordes del continente, produciendo por grados aquella franja de islas que se extiende desde la Trinidad á las Lucayas ó Bahamas, y que, según su idea, formaba antes parte del mismo continente. En corroboración de su dictámen hace mérito de la forma de estas islas, que son estrechas de Norte á Sur y se prolongan en sentido contrario y en la dirección de la corriente. La isla Beata, en que ancló Colon, está á unas treinta leguas Occidente del río Ozema, donde esperaba ver el puerto de mar que debió haber formado su hermano. Las fuertes y mantenidas corrientes orientales, y el predominio de los vientos que soplan del mismo punto, podían detenerle por mucho tiempo en la isla, y hacer lento y precario el resto del viaje. Envió el bote á tierra para procurarse un mensajero indio que llevara cartas á su hermano el Adelantado. Seis indios pasaron á bordo, estando uno de ellos armado con una ballesta española. El Almirante se alarmó desde luego, viendo armas de aquella especie en poder de un indio. No era artículo de tráfico, y temió que solo por la muerte de algun español habría pasado á sus manos. Sospechó que habían caído mayores desgracias aun sobre la colonia durante su larga ausencia, y que habían acontecido encuentros con los naturales.

Despachados los mensajeros se hizo de nuevo á la vela, y llegó á la boca del Ozema el 30 de agosto. Le recibió por el camino una carabela, á cuyo bordo venía el Adelantado, que habiendo recibido su carta se apresuró con afectuosa solicitud á darle la bienvenida. La entrevista de los hermanos causó á los dos la mayor alegría; y ambos se amaban, ambos habían sufrido mucho en aquella larga separación, y ambos esperaban mútuo alivio. Don Bartolomé miró siempre con deferencia por el ingenio, la comprensión y alta reputación de su hermano; mientras este en circunstancias difíciles, ponía la mayor confianza en el conocimiento del mundo, actividad incansable y animoso corazon del Adelantado.

Llegó Colon en el estado mas deplorable. Sus viajes eran siempre fatigosos, teniendo que navegar por entre ignorados peligros, y que vigilar á todas horas y en todos tiempos. A medida que iba avanzando en

edad esta vida se le hacia mas penosa. Su constitución debió haber sido admirablemente fuerte; pero la organización mas vigorosa expuesta á demasiados trabajos en un período avanzado de la vida, cede á la enfermedad y al dolor. En el último viaje le había abrasado la calentura, mortificado la gota, y se había desordenado todo su sistema por una continuada vigilia; salió á tierra pálido, trémulo y casi ciego. Pero su alma, mas fuerte siempre que su cuerpo, esperaba con ansia el resultado de sus recientes descubrimientos, que pensaba proseguir desde luego por medio de su osado y emprendedor hermano.

CAPITULO IV.

ESPECULACION DE COLON RESPECTO A LA COSTA DE PÁRIA.
(1498.)

Los grandiosos y notables fenómenos de la naturaleza que se habían desarrollado á los ojos de Colon durante este viaje, excitaron poderosamente su ánimo contemplativo. Al considerar aquellos vastos raudales de agua dulce que fluyen en el golfo de Pária, para precipitarse en seguida con tanta fuerza en el Océano, formó una de sus sencillas pero grandes conclusiones. No podían producir aquellos raudales una ni muchas islas sino algun caudaloso río, que recorriendo dilatadísimo territorio acopiaba sus aguas y las vertía en impetuosos torrentes en el Océano. El país, pues, que contenía tal río, debía ser un continente. Entonces supuso que los varios trechos de tierra que había visto alrededor del golfo estaban generalmente unidos; que la costa de Pária se dilataba mucho hácia el Occidente, mas allá de una sierra que se descubría desde Margarita, y que la tierra opuesta á la Trinidad, en vez de ser isla continuaba largo trecho hácia el Sur, mucho mas allá del Ecuador, hasta llegar á aquel hemisferio no conocido aun por los hombres civilizados. Consideraba todo aquello como una continuación del continente asiático suponiendo que la mayor parte de la superficie del globo era tierra firme. Apoyaba esta última opinión en citas de autores esclarecidos, antiguos y modernos; Aristóteles y Séneca, San Agustín y el cardenal Pedro de Aliaco, cuyos escritos le merecían mucho respeto. También hace mérito especial del aserto del libro de Esdras, en que se asegura que de las siete partes del mundo seis son tierra firme, y solo una está cubierta de agua.

La tierra, pues, que rodeaba el golfo de Pária no era mas, en su sentir, que la orilla de un casi ilimitado continente, extendiéndose mucho al Oeste y al Sur incluyendo las regiones mas preciosas de la tierra, y situado bajo las mas propicias estrellas y benigno cielo, pero todavía desconocido é inculto, y en disposición de ser descubierto y apropiado por cualquiera nación cristiana. Quiera el Señor, dice en su carta á los soberanos, dar larga vida y salud á vuestras altezas, para que puedan proseguir esta noble empresa, de que pienso que Dios recibirá grande servicio, España vasto aumento y grandeza, y los cristianos mucho consuelo y delicia, pues que el nombre de nuestro Salvador se divulgará por tan luengas tierras.

Hasta aquí las deducciones del Almirante se alcanzan fácilmente á cualquiera, pero las llevó mas lejos, terminándolas en lo que podría parecer una quimera. En su carta á los soberanos dice, que en los primeros viajes, cuando navegó al Occidente desde las Azores, había observado á las cien leguas de navegación mucha variación en el cielo y las estrellas, en la temperatura del aire y en la calma del Océano. Parecía extenderse una línea del Norte al Sur, mas allá de la cual todo era diferente. La aguja que se había previamente inclinado hácia el Nordeste, varió un punto

entero al Nor-Oeste. La mar hasta entonces clara, estaba cubierta de yerbas tan espesas que en el primer viaje había temido encallar. Una tranquilidad completa reinaba en los elementos, y era el clima templado y suave en invierno y en verano. Al hacer sus observaciones astronómicas por la noche, después de pasada la línea imaginaria, la estrella del Norte le parecía describir en los cielos un círculo diurno de cinco grados de diámetro.

En el último viaje había variado de rumbo y navegado al Sur desde el cabo de las islas Verdes para la línea equinoccial. Pero antes de llegar á ella el calor era ya insoportable; y habiéndose levantado viento de Levante, viró al Occidente cuando estaba en el paralelo de Sierra-Leon en Guinea. Por espacio de muchos días se estuvo abrasando bajo aquel nublado cielo y en aquella lluviosa atmósfera, hasta que llegó á la línea ideal mencionada, que se extiende del Norte al Sur. Entonces pasó repentinamente á gozar un cielo azul y claro, de un tiempo sereno, y de un templado ambiente. Cuanto mas adelantaba hácia Occidente tanto mas puro era el clima, tanto mas tranquilo el mar, tanto mas blandas y aromáticas las brisas. Todos estos fenómenos coincidían con los que mas hácia el Norte observó en la misma línea en los otros viajes, exceptuando las yerbas, y los diversos movimientos de las estrellas. La polar le parecía describir un círculo diurno de diez grados en vez de cinco; lo que le llenó de admiración, habiéndolo averiguado, según él dice, por medio de observaciones hechas en diferentes noches con su cuadrante. Su mayor altura en los viajes primeros en el paralelo de las Azores, era diez grados; en el último viaje y posición, quince.

Por estas y otras circunstancias se resistió á dar crédito á la teoría admitida respecto á la forma de la tierra. Los filósofos la habían presentado esférica; pero no conocían la parte del mundo que él había descubierto. La antigua, de que ellos trataban, era sin duda esférica; pero la verdadera forma del conjunto debía ser, según Colon, la de una pera, teniendo una parte mucho mas elevada que las demas, y subiendo en espiral hácia los cielos. Esta parte se la figuraba en el interior del recién descubierto continente por debajo del Ecuador. En todos los fenómenos que había observado antes veía corroborada su teoría. Atribuyó las variaciones que percibió al pasar la imaginaria línea de Norte á Sur, al arribo de los bajeles á aquella hinchazón supuesta de la tierra, donde empezaban á ascender suavemente hácia los astros en mas pura y mas celestial atmósfera. La variación de la aguja la atribuía á la misma causa, dependiendo de la frescura y templanza del clima; pues variaba al Nor-Oeste en proporción que los buques continuaban su ascenso. Así también la altura de la estrella polar y el círculo que describía en los cielos, aparecían á su vez mayores porque se les miraba desde mayor elevación con menos oblicuidad y por en medio de una atmósfera mas pura; debiendo estos fenómenos á la vista, cuanto mas se acercase al Ecuador el navegante desde la eminencia de aquella parte de la tierra.

También notó la diferencia de la temperatura, vegetación y moradores de este país del Nuevo-Mundo, comparados con los del mismo paralelo en Africa. Allí el calor era insoportable, la tierra seca y estéril, los habitantes negros, de pelo crespo, naturalmente mal formados y estúpidos. Aquí, al contrario, aunque el sol estaba en Leon, era moderado el calor del medio día, frescas las mañanas y tardes; el campo verde y fructífero, cubierto de hermosas florestas; la gente mas blanca que la que había descubierto en países menos meridionales, de cabello largo, formas esbeltas y bien proporcionadas, percepción viva y corazon denodado. Atribuía todo esto en latitud tan cercana al Ecuador, á la mayor altura de aquella parte del mundo, por la que había subido á una region mas

elevada de la atmósfera. Al volver al Norte por el golfo de Pária, vió que disminuía de nuevo el círculo descrito por la estrella polar. La corriente de la mar se hacia también mas rápida, desgastando, como se ha dicho, los bordes del continente, y produciendo con su acción incesante las islas contiguas. Esta era una nueva confirmación de la idea de que ascendía yendo hacia el Sur, y descendía dirigiéndose al Norte.

Aristóteles habia imaginado que la parte mas alta de la tierra y la mas cercana al cielo, estaba bajo el polo antártico, y otros creían que en el polo ártico. De aquí se infería que ambos partidos eran de dictámenes de que una parte de la tierra tenia mas elevación, mas nobleza, y mas proximidad al cielo que la demas. No creían que esta eminencia estuviese bajo la línea equinoccial, decía Colon, porque carecían de cierto conocimiento del hemisferio del Sur, y hablaban solo teóricamente y por conjeturas.

Como de ordinario defendía su sistema con la Sagrada Escritura, el sol, cuando Dios le creó, decía, salió de la primer parte del Oriente, ó de allí la luz primera. Aquel sitio, según su idea, debia existir en la mas remota region del Oriente, donde el Océano y los límites de la India se juntan bajo la línea equinoccial, y donde está situado también el punto mas alto de la tierra. Suponia que este ápice del mundo, aunque de inmensa altura, no era escabroso ni lleno de precipicios, sino que la tierra se levantaba por grados suaves é imperceptibles. Las bellas y fértiles costas de Pária situadas, según él, en sus remotas orillas, debían abundar necesariamente en los artículos preciosos propios de los climas mas favorecidos. Al penetrar en el interior y ascender gradualmente hacia la cúspide, habia de ser mas lujosa la vegetación, y mas esquisita la especie de las producciones de la tierra hasta terminar en la cima bajo el Ecuador. Esta imaginaba él que seria la mejor morada de la tierra, gozando por su posición igualdad de noche y día, y uniformidad en las estaciones; y como estuviese elevada en una temperatura celestial y serena, se vería exenta de calores y frios, de vapores y nubes, de las tormentas y tempestades que turban y alligen las regiones mas bajas. En una palabra, allí suponía que estaba la mansion de nuestros primeros padres, la residencia primitiva de la inocencia y ventura humana, el jardín del Eden ó Paraíso Terrenal. Creía, siguiendo la opinión de los mas eminentes Padres de la Iglesia, que aquel sitio se conservaba aun lleno de su primera santidad y delicias, pero inaccesible á la planta humana, á no ser por divino permiso. Desde aquella altura se figuraba que descendía, aunque en prolongadísimas ondulaciones, la caudalosa corriente de agua que llenaba el golfo de Pária y dulcificaba en su vecindad al Océano, brotando de la fuente que dice el Génesis manó del árbol de la vida en los vergeles del Eden.

Tal fue el singular razonamiento que desenvolvió Colon en su carta á los soberanos de Castilla, citando diversas autoridades en su apoyo, entre otras las de San Agustín, San Isidoro y San Ambrosio, y robusteciendo su sistema con argumentos de aquella curiosa erudición especulativa en que estaba tan versado. Estas teorías prueban cuánto se exaltó su ánimo con la magnificencia de sus descubrimientos. El hombre de corazón frío, sin peripecias en su vida ordinaria, en nuestros tiempos sin fé, puede sonreirse al recordar tales visiones; pero nótese que descansaban entonces en las hipótesis de los primeros sábios; y aun cuando así no hubiera sido ¿podemos admirarnos del extraviado vuelo de la fantasía en un hombre colocado en la posición de Colon? Veía un vasto mundo levantándose, por decirlo así, delante de él, un mundo de naturaleza y extensión desconocidas. Cada vora le mostraba una nueva belleza y maravilla; islas innumerables cuyas rocas contenían venas de oro, cuyas

bosques estaban cargados de especias, cuyas costas abundaban en perlas. Interminables sierras, altas costas, numerosos promontorios, extendiéndose por cuanto la vista alcanzaba; ricos valles girando hacia un interior inmenso, cuyas distantes montañas, según se decía, cercaban tierras aun mas felices y regiones de mayor opulencia aun. Contemplaba aquel mundo de dorada promisión, con la convicción gloriosa de que su propio ingenio lo habia adivinado, y se complacía en mirarlo con la vista triunfante del descubridor. Si no hubiera Colon sido capaz de aquellos vuelos entusiasmados de la fantasía, quizá, como otros sábios, habria racionado fria y metódicamente desde el fondo de su gabinete sobre la probabilidad de que existiesen países occidentales; pero nunca hubiese osado emprender la audaz aventura de buscarlos por en medio de los desconocidos dominios del Océano.

Entre sus fantásticas especulaciones, se halla aun aquel sólido fundamento de sagacidad que formaba la base de su carácter. La consecuencia que dedujo de la grande corriente del Orinoco, que supuso viniese de tierra firme, fue ingeniosa y lógica. Un docto historiador español ha disculpado con buen criterio otros pasajes de su teoría. «El sospechó, dice, cierta elevación del globo á una parte del Ecuador: los físicos posteriores han descubierto ser la tierra una esfera elevada por todo el ámbito de aquel círculo. Sospechó si la diversidad de templos influía en las agujas náuticas no pudiendo penetrar la causa de sus inconstantes variedades: la serie sucesiva de navegaciones y esperiencias ha hecho mas patente aquella inconstancia, y dado á conocer que un frío riguroso despoja tal vez á las agujas de toda su virtud. Acaso nuevas observaciones justificarán la sospecha de Colon. Hasta su error acerca del círculo descrito por la estrella polar, que juzgaba aumentarse por ilusión óptica á medida que el observador se acercaba á la equinoccial, le califica de filósofo superior al tiempo en que vivía.

LIBRO XI.

CAPITULO PRIMERO.

ADMINISTRACION DEL ADELANTADO. — ESPEDICION A LA PROVINCIA DE JARAGUA.

(1498.)

COLON se habia prometido descansar en llegando á España; pero desgraciadamente le esperaba allí una nueva complicación de turbaciones y ansiedad, destinada á contrarrestar la prosecución de sus empresas, y á malograr su suerte. Para explicar estas circunstancias es necesario repasar sumariamente la historia de las ocurrencias de la isla en el largo intervalo que el Almirante permaneció á su pesar en España.

Cuando se hizo á la vela para Europa, en marzo de 1496, su hermano D. Bartolomé, que quedó de gobernador con el título de Adelantado, tomó inmediatamente medidas para ejecutar sus órdenes acerca de las minas recientemente descubiertas por Miguel Diaz, hacia el Sur de la isla. Dejó á D. Diego Colon mandando en Isabela, se trasladó con fuerzas considerables á las cercanías de las minas, y escogiendo una posición ventajosa en el lugar en que mas abundaba el oro levantó una fortaleza, á que dió el nombre de San Cristóbal, si bien los trabajadores, hallando granos de oro entre la tierra y piedras que empleaban en su construcción, le llamaron la torre del Oro.

El Adelantado permaneció allí tres meses, dirigiendo las obras de fortificación, y haciendo los preparativos necesarios para explotar las minas y purificar los minerales. Retardó mucho la obra la escasez de

viveres, pues habia que abandonar con frecuencia el trabajo para enviar partidas en busca de ellos. Falta-ba ya la hospitalidad primitiva de la isla, y no daban los indios voluntariamente sus comestibles. Habian aprendido de los blancos á aprovecharse de la necesidad del extranjero, y á poner precio al pan con que satisfacía su hambre. También se concluyeron pronto los acopijs, porque su natural frugalidad é indolencia apenas les permitían juntar mas alimentos que los precisos para el inmediato consumo. El Adelantado halló de consiguiente difícil mantener mucha gente en aquellas cercanías, hasta tener tiempo para cultivar la tierra y criar animales, ó para recibir provisiones de España. Dejando diez hombres de guardia en la fortaleza, con un perro que les ayudase á cazar útijs, marchó con el resto de su gente, que ascendía á unos cuatrocientos hombres, al fuerte de la Concepción; en el abundante país de la Vega, donde pasó el mes de junio, recibiendo el tributo de aquel trimestre, y comestibles de Guarionex y de sus caciques feudatarios. Al otro mes (julio de 1496) las tres carabelas mandadas por Niño llegaron de España, con un refuerzo de hombres y un repuesto de provisiones. Estas quedaron pronto distribuidas entre los habitantes colonos; pero desgraciadamente muchas se habian malogrado durante el viaje. Terrible infortunio en una comunidad en que la menor escasez daba origen á tanta sedición y murmuraciones.

Por estos buques recibió el Adelantado cartas de su hermano, mandándole fundar una ciudad y puerto de mar en la desembocadura del Ozema, cerca de las nuevas minas. También le mandaba que enviase presos á España los caciques ó indios que hubiesen tenido parte en la muerte de algun colono; crimen que se consideraba como suficiente, por muchos de los mas doctos juristas y teólogos de España, para vender como esclavos á los que le hubiesen cometido. Al volver las carabelas, despachó el Adelantado trescientos prisioneros indios y tres caciques. Estos formaban aquel aciago cargo de que Niño hizo tan absurdo alarde, diciendo que traía los bajeles llenos de tesoros, lo cual fue causa de muchos sinsabores para el Almirante.

Habiendo obtenido provisiones por esta llegada, volvió el Adelantado á la fortaleza de San Cristóbal, y de allí pasó al Ozema á escoger sitio para el deseado puerto. Despues de un exámen concienzudo, eligió la margen oriental de uno naturalmente formado en la boca del rio. Era de fácil entrada, bastante profundidad y buen anclaje. El rio regaba un país tan bello como fértil; sus aguas eran claras y provistas de peces; las orillas estaban coronadas de los ricos árboles frutales de la isla, de modo que navegando por él se podían coger con la mano sus frutos. Esta deliciosa vega era la mansion de la mujer cacique que habia concebido tanto afecto por el joven español Miguel Diaz, y le habia inducido á que atragese á los españoles á aquella parte de la isla. Cumplió fielmente la promesa que hizo de un recibimiento amistoso por parte de su tribu.

En una posición elevada del puerto erigió don Bartolomé la fortaleza, que al principio se llamó Isabela y poco despues Sto. Domingo, y fue el embrion de la ciudad que tiene aun este nombre. El Adelantado era activo é infatigable. Cuando se concluyó el fuerte dejó en él una guarnición de veinte hombres, y salió con el resto de sus fuerzas á visitar los dominios de Behechio, uno de los principales caudillos de la isla. Este cacique, como ya se ha dicho, reinaba en Jaragua, provincia que comprende casi toda la costa occidental de la isla, incluso el cabo Tiburon, y se extiende por el Sur hasta Punta-Aguida, ó la pequeña isla de la Beata. Era su distrito uno de los mas fértiles y populosos, su posición deliciosa, y las gentes

mas apacibles y de mejores modales que las demas de la isla. Estando tan lejos de todas las fortalezas, el cacique, aunque tomó parte en la combinación de los otros gefes, habia hasta entonces permanecido libre de la invasión y exacciones de los blancos.

Con este cacique vivía Anacaona, viuda del imperterritito Caonabo. Era hermana de Behechio, en cuyos estados permaneció desde la captura de su esposo. Pasaba por una de las mas raras beldades de la isla: su nombre significaba en lengua india, flor de oro. Superaba en ingenio á la generalidad de su raza; pasaba por excelente poetisa, siendo autora de los romances, ó areítos históricos, que cantaban los indios en sus danzas nacionales. Todos los escritores españoles convienen en que estaba dotada de tanta dignidad y gracia que todo en ella parecia incompatible con el ignorante y salvaje estado en que habia vivido. A pesar de la catástrofe que ocasionaron los blancos á su marido no les guardaba rencor, pues nunca fue su espíritu vengativo. Sabia que provocó el cacique su venganza con voluntaria guerra. Miraba á los españoles con admiración, considerándoles seres casi sobrenaturales, y su claro ingenio comprendió desde luego cuánto tenia de impolítico resistir sus artes y sus armas. Teniendo mucha influencia con su hermano Behechio, le pidió que escarmentara en el ejemplo de su marido, y que se captase la amistad de los españoles. Se cree que sabiendo los amistosos sentimientos y poderosa influencia de esta princesa, se decidió el Adelantado á emprender su expedición.

Al atravesar aquellas partes de la isla, no visitadas aun por los europeos, adoptó el Adelantado las mismas medidas tomadas en ocasion análoga por el Almirante: su caballería formaba la vanguardia, y entró en las ciudades indias con banderas desplegadas y al son de tambores y trompetas, inspirando mucha admiración y terror.

Despues de treinta leguas de camino, llegó al rio que, saliendo de las montañas de Cibao, divide el Sur de la isla. Atravesó su corriente, y mandó por la costa del mar dos partidas de á diez hombres en busca de palo del Brasil. Lo hallaron en grandes cantidades y cortaron algunos árboles, almacenándolos en las cabañas indias hasta poder conducirlos por mar á la colonia.

El Adelantado con el grueso de su gente se dirigió despues á la derecha, y no lejos del rio vió al cacique Behechio que salía al encuentro con un ejército numeroso de indios, armados de flechas y lanzas. Si habia sido su intención oponerse á la entrada de los españoles en las selvas de su dominio, le hubo de imponer el formidable aspecto de estos. Dejando las armas se acercó amistosamente al Adelantado, protestando que estaba en guerra con algunos pueblos de la orilla del rio que queria subyugar; al mismo tiempo le preguntó el motivo de su escursión. El Adelantado le dijo que deseaba visitar sus territorios y pasar con él algunos dias de amistoso trato en Jaragua. El cacique, desvanecidas sus sospechas, disolvió su ejército, y despachó veloces mensajeros para anunciar la llegada de tan distinguido huésped, y mandó hacer preparativos para un recibimiento digno de él. A medida que se internaban los españoles por los territorios del caudillo, y atravesaban los distritos de sus caciques inferiores, les daban estos pan de casa-ba, cáñamo, algodón y varias producciones de la tierra. Al fin se acercaron á la residencia de Behechio, grande y bien situada ciudad, próxima á la costa y á una anchurosa bahía.

Los españoles habian oído muchas descripciones de la deliciosa region de Jaragua, donde algunas tradiciones indias fijaban los campos Eliseos. También habian oído celebrar la esbeltez y urbanidad de los habitantes, cuya conducta confirmó tan favorables antecedentes. Al acercarse á la ciudad, treinta